

## Presentación

NUESTRO TIEMPO ES TESTIGO, como dijo Alvin Gouldner, de “un desarrollo creciente del sistema socioeconómico *qua* sistema, esto es, de la dependencia mutua creciente de todas las partes entre sí. Ha habido un incremento en el grado de ‘sistemicidad’ ” de la sociedad contemporánea, lo cual implica que “todas las partes dependen cada vez más unas de las otras, tienen que tomarse en cuenta unas a las otras, y que cada una tiene cada vez menos poder para realizar sus fines, de tal suerte que todas deben estar sufriendo alienación en forma creciente”. En el caso de las actividades académicas este fenómeno implica la toma de conciencia sobre la necesidad de la cooperación interdisciplinaria al interior de y entre las ciencias sociales y físicas, de manera que se amplíe nuestra comprensión de los grandes problemas del momento. A la vez, esta reflexión sirve de estímulo para redefinir la naturaleza misma de muchas problemáticas con miras a tomar más en cuenta la cada vez mayor complejidad de la interacción de las partes de un campo social ampliado. La “sistemicidad” creciente se ha reflejado en un número cada vez mayor de “estudios de sistemas” y en la probabilidad de que una amplia gama de cuestiones se juzguen relevantes a un tipo de análisis que en tiempos anteriores se hubiera considerado como formando parte de un campo de investigación relativamente estrecho.

Éste es claramente el caso del área de las políticas alimentarias. De hecho, la selección del término “política alimentaria” es ya una indicación por sí misma de la preferencia por un análisis

sistémico, y del desencanto con anteriores concepciones segmentadas y relativamente aisladas de las cuestiones alimentarias como serían los “problemas agrarios”, la “tecnología agrícola”, la “política comercial internacional”, la “estructura comercial”, o el “status nutricional”. En la medida en que todos estos elementos son interdependientes, y que, además, interactúan con un gran número de otros procesos que se ubican fuera de los límites del circuito alimentario, la actividad general del abastecimiento de alimentos sólo puede evaluarse dentro de un contexto amplio, tarea que hace imprescindible la colaboración interdisciplinaria.

Uno de los problemas todavía no resueltos del método sistémico —tanto en su aplicación al estudio del abastecimiento de alimentos como en otros aspectos de las actividades humanas— es simplemente la dificultad para manejar simultáneamente todos los aspectos de la vida social con un grado de complejidad suficiente para hacer justicia a nuestras pretensiones de describir y/o explicar el funcionamiento de los sistemas socioeconómicos contemporáneos. Ahí abundan los problemas de comunicación entre especialistas. Al mismo tiempo, sin embargo, por su potencial abarcador y globalizante, el enfoque sistémico tiene el gran mérito de apuntar hacia relaciones clave que los enfoques más estrechos y más “manejables” del tema no podrían captar. La toma de conciencia de la importancia de tales relaciones, por lo tanto, es lo que estimula la innovación en los diseños de investigación, la cual puede contribuir, aunque parcialmente, a ampliar nuestra comprensión del rumbo del cambio social.

En este número temático de *Estudios Sociológicos* tocamos varias cuestiones fundamentales para el estudio interdisciplinario del sistema alimentario mexicano, ya sea en forma de artículos o de reseñas de libros. Una de estas cuestiones es el estudio de las pautas de consumo de alimentos en el medio urbano y su relación con el desarrollo rural. En términos generales, el desequilibrio extremo entre las dietas urbanas de las capas sociales de alto ingreso y la ingesta cotidiana de la mayoría de las personas, tanto en el campo como en la ciudad, se ha ilustrado con una serie de encuestas de hogares y estudios de caso de nutrición. Pero, además del ingreso en la diferenciación de las dietas, hay claramente otras fuerzas en juego que implican todavía más desigualdad al interior de los mismos grupos de bajos ingresos, siendo que las familias urbanas tienden a ser favorecidas con res-

pecto a las rurales en algunas circunstancias, y que hay incentivos que impulsan el movimiento de la población rural hacia las ciudades. Así, la situación de la población de la capital bien puede ser particularmente ventajosa, dada la proximidad del máximo centro de poder político y del punto de concentración y redistribución de los productos alimenticios del país.

¿Cuáles son los mecanismos de abastecimiento de los alimentos en el área metropolitana de la ciudad de México? y ¿de qué manera lo afectan las pautas de consumo de la mayoría de las familias?, ¿cómo operan durante una crisis? Alejandro Spíndola Yáñez proporciona información sobre este problema en su análisis de los resultados de una encuesta realizada en 1984 en la delegación Cuauhtémoc de la ciudad de México, donde se registró más de 40% del valor total del comercio de alimentos del área metropolitana en el censo de 1980.

El siguiente trabajo de Yatopoulos se dirige a describir el papel de los sectores medios en la determinación de algunos aspectos de las políticas alimentarias. El trabajo intenta cuantificar los posibles efectos de las pautas de consumo de la clase media —que se caracteriza por una preferencia creciente por los productos animales— sobre la asignación de recursos agrícolas alternativamente para la producción de forrajes o para el cultivo de cereales para consumo humano. Este tipo de ejercicios son útiles no sólo para los planificadores, sino para cualquier lector que desee pensar en términos sistémicos sobre la relación entre los estándares de vida modernos en el medio urbano y los cambios concomitantes en el medio rural.

Un tercer artículo, escrito por Eduardo Menéndez, se interesa por uno de los rasgos fundamentales del consumo de alimentos en México —el consumo de alcohol— adoptando una perspectiva histórica para ilustrar el cambio en las percepciones sobre el valor nutritivo de las bebidas alcohólicas durante varios siglos de desarrollo capitalista. El lugar que ocupa el alcohol en la dieta familiar de los mexicanos, y la naturaleza de los productos consumidos, ha variado considerablemente durante los últimos cien años. Este problema requiere de mucha más atención por parte de los investigadores interesados en determinar la dieta adecuada de los diferentes grupos sociales, así como en utilizar racionalmente los recursos económicos y naturales dentro del sistema alimentario.

El programa conocido como Sistema Alimentario Mexicano

(SAM) es el más conocido experimento de aplicación de un enfoque interdisciplinario y sistémico en el diseño de una política alimentaria en México destinada a asegurar un nivel aceptable de consumo a la población entera a un bajo costo, compatible con el principio de fortalecimiento del control nacional sobre los recursos alimentarios. Los artículos de Javier Arteaga y Rose Spalding, respectivamente, analizan los conflictos institucionales y políticos asociados con este programa. Finalmente, los elementos del análisis de los conflictos inherentes al sistema alimentario internacional pueden encontrarse en las reseñas.

CYNTHIA HEWITT DE ALCÁNTARA